Quijote; que yo he dormido trescientos años seguidos y no tengo maldito el sueño. Seguro estoy de que en otros trescientos años no he de pegar un ojo; y dando la familia Panza las buenas noches, se retiró sosegadamente por la izquierda, á cierto camaranchón, quedando Don Quijote á la luz del candil en el zaguán midiéndolo á largos pasos.

CAPITULO III

En que se cuenta la nueva salida de D. Quijote, caballero sobre Babieca y acompañado de su escudero.

Clareaba el día, cuando ensillado el jaco escuálido y aparejada la mula coja, montaron D. Quijote y Panza en sendas caballerías, saliendo por la puerta de la cuadra al aire libre.

Acudieron á tenerles los estribos Panza Alegre y Pancica; siguieron al lado de los ginetes, hasta la parte de afuera; retuviéronles con encargos y gemidos, lágrimas y despedidas; y, desprendidos al fin de tan pegajosos lazos, partieron á buen paso, mientras ellas alzaban los pañuelos y los agitaban, saludándoles hasta que los perdieron de vista en la lejanía.

Era la mañana alegre y fría, como suelen las de la Mancha. La tierra rojiza estaba escarchada, y el cielo de un verde claro esperaba, como lienzo de artista, que el pincel del sol dibujase tonos de aurora y rosadas nubes. El aire entumecía las manos no enguantadas de los viajeros; amoratábales la punta de la nariz, y les helaba las piernas. Así que cuando el sol se asomó tras el cortinaje de las lejanas serranías y envió su primera oleada de oro disuelto y cálido, volviéronse ambos viandantes hacia él, para darle mentales gracias por su beneficio, como si fueran Magos idólatras.

Volaban las alondras por el campo cantando al naciente día, algunas golondrinas madrugueras recién llegadas buscaban sus nidos de antaño en los aleros de los cortijos, y varias aspas de molino se agitaban cortando con sus brazos el horizonte y alzándose sobre el paisaje.

Verdaderamente, aquellos eran molinos; pero no los otros á que arremetió en sus mejores tiempos el andante caballero.

Mira Panza, decía éste á su escudero, si yo sé ó no distinguir, cuando ahora veo esos y no se me ocurre pensar que sean gigantes. Ahí tienes con cuanta sin razón escribió aquel moro de burlas mis aventuras, creándome una injusta fama de fantástico y falto de seso. Tú has de ver por tus ojos cuán razonable soy; y tú darás fé de ello á todos los Cide Hametes futuros, que se ocupen en completar mi historia.

Panza oía estas palabras satisfecho de que habían calumniado á su amo y de que no era ningún lunático ni extravagante; en lo que veía más asegurado el cumplimiento de sus promesas, que si se tratase de un loco de atar, y asentía á las palabras de él, mientras iban campo adelante.

Tú sabrás el camino de ese imperio de Andorra, le preguntó D. Quijote, y creo será este por donde vamos; de modo que avisa cuando hemos de torcer por cualquiera de ambos lados, si no es completamente derecho.

Yo nada sé, dijo Panza, sino que por todas partes se va á Roma; de modo que, yendo derecho y preguntando de cuando en cuando para tomar la senda que nos digan, supongo que llegaremos alguna vez.

Pues adelante entonces, respondió D. Quijote gallardamente, que aunque hayamos de salir por los antípodas, topar hemos con ese Imperio que te tengo ofrecido. Mas lo que no comprendo es cómo sea Emperador allí un Obispo, y cómo lo consienten los demás emperadores seglares. Algún misterio ha de haber en eso; y muy fuerte y temido debe ser ese mitrado, para sostener semejantes dominios entre tantos poderosos reyes.

Señor, replicó Panza, por lo que tengo entendido, ese Obispo reina porque le dejan ese poderío de Andorra de merced, pero no vive allí, sino en la Seo de Urgel, en cuya Catedral echa bendiciones; de modo que todo se reducirá á que Usía vaya á la Seo, le desafíe y corte la cabeza, y luego se entre en su territorio triunfante, con lo que todos acatarán su voluntad.

Entre todas mis hazañas antiguas, dijo Don Quijote después de una pausa, no hay ninguna parecida, y en ningún libro de caballerías he leído que un caballero andante pueda desafiar á un Obispo y cortarle la cabeza. Cuando Don Opas se pasó al enemigo, combatió, pero no en calidad de Obispo, sino de guerrero; y siendo así que éste de que hablas viste de pontifical, echa bendiciones y lleva por arma solamente el báculo, no veo medio de matarle en desafío ó en buena lid, como me cumple.

¿Pues á qué vamos entonces, exclamó Panza, si anda Usía con esos escrúpulos? Yo me creía, después de leer la historia de sus aventuras, amén de otros libros de caballerías, y de oir las tradiciones que vienen de mi tatarabuelo, que los caballeros andantes no tenían más ley que su voluntad, ni más ejecutor de ella que su brazo; y ello así ¿qué más da que sea Obispo el que se les oponga, ó Rey ó campeón, si lo principal consiste en esta oposición que aquellos no consienten á lo que determinan?

Te engañas, Panza, en eso de creer que no tenemos más ley que nuestra voluntad, replicó el caballero; pues todo al contrario la supeditamos siempre á nuestra obligación y á las ordenanzas de la caballería andante, que son proteger á los menesterosos, abatir á los soberbios que los oprimen, desfacer los agravios antiguos ó nuevos que suele haber ignorados en el mundo, y enderezar los muchos entuertos que por la malicia y perversidad de los hombres se ocasionan. Verdad que siempre hubo buenos y malos caballeros, como aquellos con que topó el rey Garinter y que estos hacen grandes males y desaguisados; pero los buenos les contrarrestan y vencen y reponen á su sér y estado natural el derecho y la justicia.

Entonces, objetó Panza, ¿por qué los caballeros andantes quitan reinos á los que pacíficamente los poseen y los dan á sus escuderos y pelean con otros caballeros, que ningún entuerto realizaron, y con gigantes que no se meten con ellos?

Eso es otra cosa, respondió D. Quijote; que unas son las leyes de la paz y otras las de la

guerra. En la paz, ejercitan aquellos nobles oficios, y en la guerra combaten con sus enemigos, purgan la tierra de gigantes y de mónstruos, y ganan reinos ó los pierden; pero, aun dentro del estado de guerra, obran caballerosamente, y no con viles artes; y así no matan al indefenso, ni despojan al desvalido, ni cortan la cabeza á los Prelados con báculo y mitra, como tú hallabas tan natural y corriente.

Panza le replicó que en el nuevo tiempo era más fácil quitar á un Obispo de enmedio: porque se aprovechaba la coyuntura de que saliera una romería ó procesión, á que ordinariamente solían concurrir curas y Prelados, y como eso ofendía á unos que se llamaban libre-pensadores, empezaban éstos una silba y luego una pedrea y disparaban sobre los fieles, para natural desahogo de sus conciencias que no querían esas cosas de Religión, con lo que se quedaba un obispo ó un fraile fuera de combate y nada más pasaba.

Sí pasará, dijo D. Quijote: porque funcionará el Santo Oficio y los herejes irán á la hoguera para pagar su injuria á la Religión y á sus Ministros.

Pero el buen escudero insistió en que hacía luengos años que no había Inquisición en España: y en que si la hubiera no sería para quemar herejes, sino fieles cristianos.

Quedó atónito el de la Triste figura, y respondió á Panza soltando la voz á semejantes razones. Si no fuera porque te tengo por hombre de verdad, no te creyera. Huélgome, de una parte, de que no haya Inquisición, pues así no tendremos que andar con tiento con los cuadrilleros, ni que pensar cada palabra y repensarla, para que no tenga visos de herejía, ni que vivir siempre sobresaltados por si una falsa denuncia nos expone á las llamas del Santo Oficio. Pero, de otra parte, esa soltura y libertad de los herejes y esas asonadas contra la Santa Católica Iglesia y sus Ministros, son tan tiránicas é irritantes como aquella fé impuesta y aquellos expurgos del pensamiento. Sábete, amigo, que la libertad ha sido, es y será siempre precioso derecho del hombre; que lo que Dios

manda es que le creamos y amemos libremente, y que por eso erraban aquellos inquisidores que querían imponer esa fé y amor por la fuerza, y que abrasaban á los que no la tenían; como yerran y delinquen éstos que ahora hacen lo contrario, forzando á los creyentes y fieles á que no crean, ni cumplan, ni practiquen sus deberes religiosos y estropeándoles sus ritos. Bien sabes tú y sabía tu tatarabuelo, que no eran de mi devoción aquellos cuadrilleros, á que yo solía llamar ladrones en cuadrilla; pero tampoco he de tolerar estos de ahora. Católico soy y cristiano me parió mi madre, y júrote por el agua de bautismo que me echaron, que si en alguna de esas romerías que me dices topara con esos impíos y follones, había de arremeterles con mi lanza y aniquilarles, haciendo en ellos más chicha que Santiago en la batalla de Clavijo.

Calló Panza temiendo que se le antojase á su amo ir á desfacer entuertos de estos, antes de proseguir el viaje hacia Andorra, lo que retardaría la conquista de ese imperio, y quiso mudar de conversación, cuando vieron venir por el camino un peregrino, con los pies descalzos, el sayal empolvado, la cabeza cubierta por ancho sombrero, y el báculo y la calabaza en la diestra mano.

Ese vendrá de Roma, exclamó D. Quijote, y podrá decirnos si allí existe Inquisición ahora, aunque yo creo que sí la habrá: porque en la misma Sede de San Pedro no consentirán herejes, ni menos de estos osados iconoclastas.

Paróse el peregrino al ruego y preguntas del caballero, y dijo que no venía de Roma sino de Santiago de Compostela, donde una romería había sido asaltada y dispersada por los enemigos de la Iglesia y él había sido herido, aunque levemente; y viendo D. Quijote corroborado lo que acababa de decirle su escudero, se llenó de asombro, pensando que en su tiempo todos esos herejes hubieran sido tostados muy presurosamente.

Siguió el peregrino su caminata, no sin dar á D. Quijote y á Panza sendos rosarios con indulgencias, que estos besaron y guardaron, y

el caballero insistió en que muy fuerte y valeroso debía ser el Obispo de Urgel, para sostener en medio de aquellas corrientes de herejía triunfadora, el Imperio de Andorra, vinculado á su mitra: por lo que resolvió la duda de la manera de conquistar sus Estados, diciendo que irían á Urgel, y allí tomarían lenguas de quien fuera ese Prelado; que si era de mitra, báculo y bendiciones no más, Panza se las avendría con él, y D. Quijote solo con sus guerreros, que debía tenerlos para resguardar las fronteras de sus dominios, y sin necesidad de atentar al Obispo les vencería y ganaría todos aquellos territorios: en todo lo que Panza estuvo conforme, por encontrarlo muy razonable y conveniente.

Largo rato anduvieron, cuando D. Quijote rompiendo el silencio nuevamente, dijo á su acompañante:

¿Sabes que estoy pensando que ese peregrino que nos hemos tropezado no debe ser tal, sino un espía del Obispo de Urgel, que sospechando que vamos contra sus ciudades le manda á descubrir nuestra ruta, y ó poco se me alcanza ó pronto vamos á tocar el resultado de su espionaje?

No creo que tan pronto se haya enterado de nuestros intentos, respondió Panza.

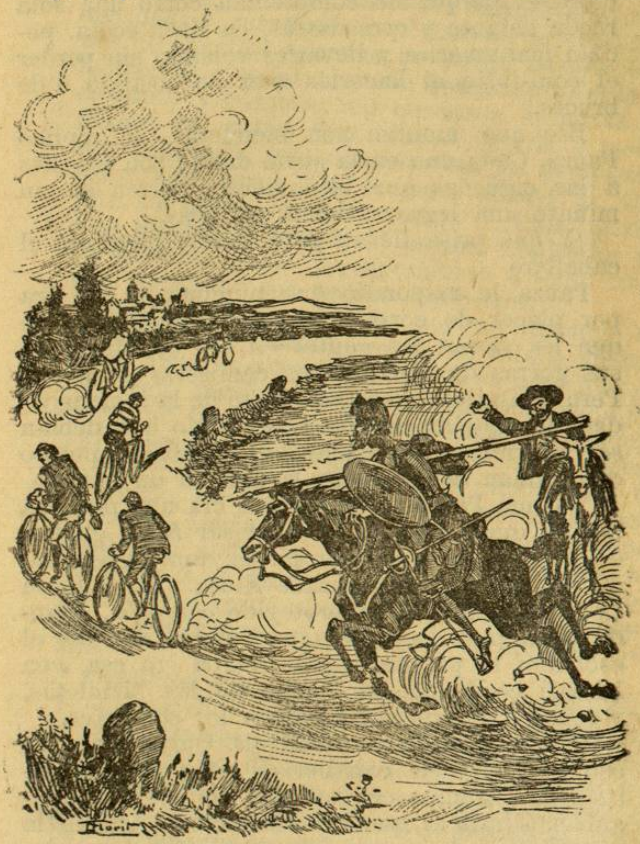
¿Cómo no? exclamó el caballero; mira esa polvareda que por ahí viene, que sin duda la forman ginetes avanzados del ejército enemigo. Esa furibunda caballería ligera tiene que ser destacada del grueso del grande y poderoso ejército de Andorra, que avisado por el espía me sale al encuentro para dar la batalla aquí, fuera de sus tierras, librándolas de mi entrada y devastación. Hazte á un lado y déjame con ellos, que verás cuán presto y bien doy cima á tan peligroso choque.

No había tenido tiempo el escudero de apartarse de la carretera, ni D. Quijote de enristrar su lanza, cuando los enemigos aquellos pasaron como en volandas, en un abrir y cerrar de ojos.

¡Alto! gritó D. Quijote, que se vió imposibilitado de arremeterles por lo imprevisto de su cruce y velocidad. ¡Alto y non fuyades diabólicas criaturas, que un solo caballero os riepta y desafía!

Pero los desafiados habían traspuesto velozmente, sin dejar tras sí más que otra nubecilla de polvo blanquecino.

¿Ves qué cobardes follones? exclamó dirigién-



dose á Panza. Montados en ruedas sutiles han huído del furor de mi brazo, y ni aun me dieron tiempo de acometerles; porque lo de perseguirles hubiera sido inútil con Babieca.

Señor, son ciclistas, respondió el escudero acercándose, algo corrido de haber compartido con su amo la ilusión de tratarse de las avanzadas del ejército del Obispo. Son ciclistas, que montados en esas ruedas veloces corren más que

diablos. De éstos no había tres siglos há y de ahí la sorpresa de Usía.

D. Quijote declaró que jamás vió cosa semejante, y que creía arte diabólica esa que ejercitaban: porque no comprendía como una sola rueda delante y otra detrás, en línea recta, podían mantenerles y llevarles volando sin perder el equilibrio ni hacerles caer de costado ó de bruces.

Eso que montan son bicicletas, le replicó Panza. Cada uno en la suya, dando con los pies á las cigüeñas que las mueven, corren en un minuto una legua como si tal cosa.

¿Y qué prisa llevan para tanto? preguntó el caballero.

Panza le respondió que ninguna, y que era por placer de correr, de salir y regresar y de que les vieran las gentes en ese ejercicio con sus gorras de visera y sus camisetas de listas. Pero D. Quijote no se persuadió de la inofensividad de aquellos diablos, objetando que debían ser guerreros apercibidos al combate; puesto que habían hecho sonar la trompa de Astolfo.

Y como Panza le digera que era una pequeña bocina que llevaban, para avisar á las gentes, é insistiera el caballero en ser aquella sin duda alguna la trompa maravillosa que el Hada Logistila regaló á su protegido campeón, cuando salió para la Arabia y el Golfo Pérsico, el escudero le preguntó qué trompa era esa, con la que confundía la bocina de las bicicletas, y qué poder especial tenía en los combates.

Bien se conoce, respondió D. Quijote, que en eso de libros de caballerías estás *tanquam tábula*. Esa trompa era tal que sus sonidos obligaban á huir al que los escuchaba. Astolfo la guardó en todos sus viajes y correrías, como oro en paño; pero al ser arrojado con Marfisa, Aquilante y Grifón, por una tempestad, á las riberas del golfo de Layas, vieron una gran ciudad defendida por dos torres; la cual ciudad hallábase habitada por mujeres crueles, que degollaban á los navegantes; siendo preciso para librarse de esa muerte vencer cada recién llegado en un día á diez caballeros y triunfar en una noche de diez doncellas. Marfisa, que era

mujer y vestía armadura de campeón, arrostró la primera prueba, venciendo á los diez paladines y haciendo noventa viudas, porque cada vencido tenía nueve mujeres; pero no pudo obtener la segunda victoria. Entonces fueron todos acometidos; y, viéndose en peligro de morir á manos de aquellos ejércitos de furias, Astolfo tocó la trompa y todas huyeron buscando refugio en cavernas y bosques. Así quedaron desiertas las plazas, las calles y la ciudad entera, y pudieron salir á la vela con Marfisa los comprometidos caballeros. Esa trompa, añadió D. Quijote, ha debido caer en manos de esos ligerísimos ginetes, y contra mí la han empleado; pero ya viste como yo, apercibido á todo, escuché impávido sus toques siniestros.

Panza guardó silencio, por no discutir tal imaginación, y viendo que el sol estaba ya bastante alto, se atrevió á decir á su amo que sería bien, pues habían escapado con vida del toque de la trompa aquella, echar pié á tierra para tomar el desayuno; ya que tripas llevan á pies y no pies á tripas. Y hallándose en un vallecillo, por donde corría un fresco riachuelo y al que daban grata sombra algunos árboles, apeáronse ambos y atando el escudero las caballerías á un tronco, y desatacando las alforjas sobre el verde césped que les sirvió de manteles, comenzaron á satisfacer el natural apetito.

Comieron algo de cecina; medio pan moreno y apelmazado, pero gustoso; queso manchego, de que llevaban abundante provisión, y algunas manzanas de conserva. De vino sólo una botella tenían, por lo que acordaron guardarla para una ocasión extrema, como Astolfo su trompa; y cogiendo en una escudilla agua fresca de la corriente, bebiéronla á sorbos.

Lo apacible del lugar, el murmullo del arroyuelo que saltaba entre peñas, el susurro de las hojas de los sombrosos árboles, y la dulce charla de las aves emboscadas, deleitaron al caballero que, recostado muellemente sobre el ribazo, dejó vagar sus pensamientos como otras veces solía; los cuales fueron en derechura hacia la dueña de su corazón, la sin par Dulcinea

del Toboso, culpándose de no haberse acordado antes de ella, cuando su primer suspiro al volver á la vida debió ser para la que era luz de sus ojos, norte de su razón, ayuda de sus empresas é imán de su albedrío.

Panza, que había soltado las caballerías para que se desayunasen también en un prado próximo, volvió al lado de su amo; pero viéndole pensativo, no quiso cortar el hilo de sus divagaciones, hasta que salido él por sí mismo de ellas, habló á su escudero estas palabras.

CAPITULO IV

De la plática que de sobremesa tuvieron D. Quijote y Panza y demás cosas que ocurrieron después.

Habrás visto, amigo, cuán silencioso y meditabundo estuve largo rato, mientras tú disponías de apacentar esas caballerías, como buen escudero. Pues has de saber que es por un recuerdo y un remordimiento que me acometen y que han de variar forzosamente nuestra ruta. ¿No te asombró que al salir de la fosa preguntase por todos, por ama y sobrina y cura y bachiller y no por Dulcinea? ¡Ay! lo más cerca del corazón es lo que suele estar más lejos de las palabras. En mis ímpetus por cumplir la promesa que te hice de ese imperio de Andorra, dejé pasar por alto otra primera y sagrada obligación, que es y estimo ser ir antes de nada al Toboso y avistarme con Dulcinea, á la que no veo tanto tiempo há, y pedirle la venia para todas mis empresas de esta última salida y recibir algún talismán suyo, que me ponga á cubierto de encantamientos y asechanzas. Porque, si por falta de este talismán, que bien pudiera ser un anillo como el de Angélica, que la trocaba en invisible cuando quería, soy víctima de las malas artes de aquel sabio Fristón mi enemigo, y á la mitad de nuestro camino hacia el populoso imperio de Andorra me convierto en piedra negra ó en pájaro, adiós entonces tus esperanzas y mis esfuerzos, y bien puedes despedirte hasta otros trescientos ó tres mil años de verme á tu lado. Es, pues, obligación mía y conveniencia tuya, que volvamos á